

Don Quijote. Primera parte, capítulo VIII.

Del buen suceso (aventura) que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable (terrible) y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación (feliz memoria)

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

—La ventura (*buena suerte*) va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear (*podríamos desear*); porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados (*enojados*) gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos (*restos*) comenzaremos a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente (*semilla*) de sobre la faz (*cara*) de la tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo—, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. (*cuatro kilómetros*)

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí aparecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece —respondió don Quijote— que no estás cursado (*experto*) en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo (*ponte a rezar mientras yo*) voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y, diciendo esto, dio de espuelas (*dio prisa*) a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer (*atacar*). Pero él iba tan puesto (*convencido*) en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas:

—Non fuyades (*no huyan*), cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese... arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho (*herido*) por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear (*vio que no se podía mover*): tal fue el golpe que dio con él Rocinante.